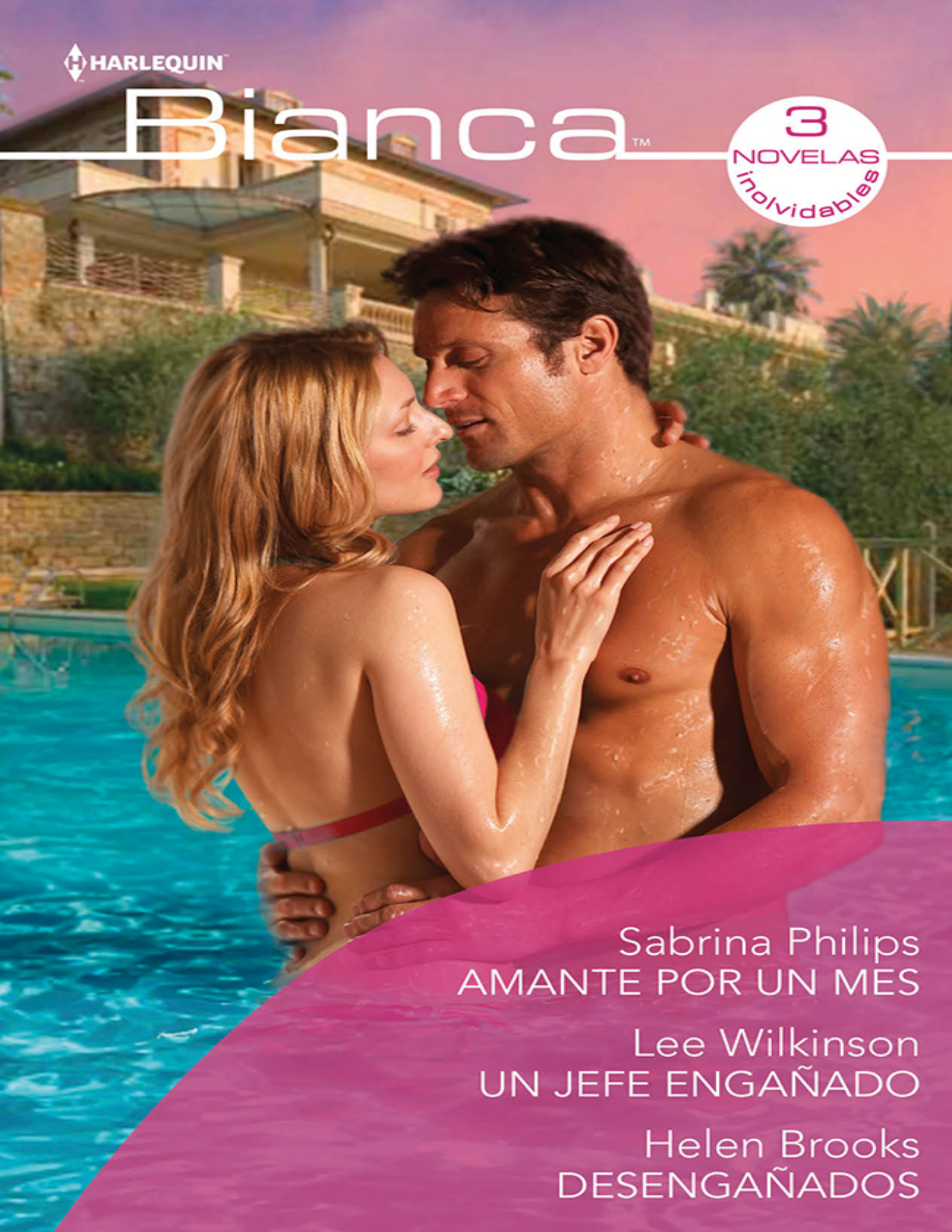


 HARLEQUIN[™]A romantic couple, a man and a woman, are shown from the chest up, embracing and about to kiss. They are wet, suggesting they have been in the pool. The woman has long blonde hair and is wearing a pink bikini top. The man has dark hair and is shirtless. They are standing in a swimming pool with blue water. In the background, there is a large, multi-story house with a balcony and some palm trees under a clear sky.

Bianca[™]

3
NOVELAS
Inolvidables

Sabrina Philips
AMANTE POR UN MES

Lee Wilkinson
UN JEFE ENGAÑADO

Helen Brooks
DESENGAÑADOS

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
N.º 416 - abril 2021

© 2009 Sabrina Philips
Amante por un mes
Título original: Valenti's One-Month Mistress

© 2009 Lee Wilkinson
Un jefe engañado
Título original: The Boss's Forbidden Secretary

© 2009 Helen Brooks
Desengañados
Título original: The Boss's Inexperienced Secretary
Publicadas originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2009

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1375-397-3

Índice

Amante por un mes

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Un jefe engañado

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Desengañados

Capítulo 1

Capítulo 2

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

_____Bianca_____™

AMANTE POR UN MES

Sabrina Philips



Capítulo 1

DANTE se preguntaba si ella lo miraría a los ojos y le suplicaría. O si evitaría su mirada, puesto que la última vez que lo había mirado a los ojos había terminado rodeándolo por la cintura con las piernas y entregándose a él. Dante extendió el informe por el escritorio de caoba y apretó los labios. No, lo dudaba. «Renuencia» no era una palabra que pudiera asociarse con Faye Matteson.

Apoyándose en el respaldo de la silla de piel, vio el nombre de ella entre las citas que figuraban en su agenda electrónica. Un mes antes, su secretaria personal había ido a preguntarle si estaría dispuesto a recibirla y, al instante, él había imaginado qué era lo que quería. Sabía que sólo algo como eso habría hecho que ella regresara a Roma. Pero no habría hecho falta que ella se hubiera molestado haciendo el viaje. Su manera de exponerle el caso no marcaría diferencias. Le sorprendía que ella creyera que él estaría dispuesto a ayudarla. Pero claro, ella nunca se imaginaba que las cosas pudieran salir de manera diferente a como ella se las planteaba. Y él dudaba que después de seis años hubiera cambiado. Él sí había cambiado. La que en su día fue una camarera inglesa con mirada de *acuéstate conmigo*, ya no suponía un peligro. Esta vez él sabía que ella era una bruja.

-La señorita Matteson ha llegado ya, señor Valenti -le dijo la recepcionista por el intercomunicador.

Dante se puso en pie, preparándose para saborear la venganza.

-Hágala pasar.

«Nada ha cambiado», pensó Faye mientras respiraba hondo y se sentaba en el sofá que le indicaba la esbelta pelirroja, el último obstáculo que se interponía entre ella y el despacho de Dante. Quizá su imperio había crecido, pero el escenario era el mismo. Los empleados pululaban a su alrededor y todas las mujeres se desplazaban en su dirección como flores atraídas por el sol.

Faye se estremeció y trató de relajarse. Parte de su tensión se debía al hecho de haber estado sentada mucho rato durante el viaje en avión que había hecho a lo largo de la noche. Miró a su alrededor y comprobó que aquel ambiente ya no le resultaba familiar. ¿De veras había formado parte de aquello? Sospechaba que sólo era otra falsa ilusión. No tenía sentido preguntárselo. Después de todos aquellos años, dudaba de que él recordara su nombre. Pero luego recordó que Dante Valenti no permitía que su secretaria concediera una cita sin que él averiguara primero de quién se trataba. Así que era evidente que la recordaba y por eso había aceptado recibirla. Eso significaba que... ¿Qué significaba? Que el pasado no significaba nada para él, y que el negocio era su prioridad. «Y el negocio es lo único que importa ahora», se amonestó ella en silencio. «Ya es hora de que empieces a pensar de la misma manera». El hecho de que él hubiera aceptado recibirla significaba que al menos existía una posibilidad de que él estuviera dispuesto a ayudarla.

Faye miró el reloj por tercera vez. Aquello tenía que funcionar. Observó que la mujer pelirroja hablaba por el intercomunicador y, sintiéndose insegura, se retiró del rostro un mechón de su cabello oscuro y se lo sujetó con una horquilla. No tenía presupuesto suficiente para acudir

a la peluquería, así que tenía que conformarse con aquel peinado.

-El señor Valenti la recibirá ahora -la mujer habló como si le estuviera otorgando un trato inmerecido, y la guió hasta la puerta del despacho.

Faye se alisó la falda del traje gris. Tenía el corazón acelerado. Había pasado seis años convencida de que no tendría que volver a Dante jamás y, sin embargo, había tenido que ir a buscarlo. Pero ¿qué elección tenía? Durante el último año había recurrido a todos los bancos y posibles inversores, pero nadie le había dejado ni un céntimo. Al principio, lo consideraba preocupante, pero empezaba a ser desesperante. No tenía más elección, porque no podía dejar que el restaurante de su familia cayera en bancarrota ante sus ojos. No sólo porque sentía que, como hija, era su deber evitar que eso sucediera, sino también porque adoraba el negocio. Tanto que estaba convencida de que aunque hubiera nacido en otra familia, también se habría sentido atraída por el placer de ver cómo otras personas disfrutaban de una buena comida alrededor de una mesa. Tal y como había hecho la gente en Matteson's. Por eso, no le quedaba más remedio que entrar en aquel enorme despacho con toda la seguridad que pudiera aparentar.

Dante no dijo nada al verla y Faye se sintió agradecida. Aunque sólo lo había mirado durante un instante, había sido suficiente para quedarse sin habla. Se había preparado para enfrentarse al antiguo Dante, pero no había contado con que el tiempo lo habría cambiado. Había mejorado con los años. Su cabello oscuro parecía más espeso, la forma de su mentón más marcada, y la curva de su labio inferior mucho más sensual. Pero lo que más había cambiado eran sus ojos oscuros que, rodeados de una suave tez color aceituna, habían adquirido una mirada más penetrante, dominante... Heladora. Dante seguía siendo el hombre más sexy que había conocido nunca.

-¿A qué se debe este inesperado placer, señorita Matteson? Sólo puedo imaginarlo.

Ella levantó el rostro y él hizo un gesto para que se sentara en una de las butacas de piel que rodeaban el escritorio. Ella se sentó en el borde de una butaca y deseó que él hubiera permanecido en silencio, ya que su voz le había producido un efecto inesperado, provocando que se le acelerara el pulso y que la sangre circulara más deprisa por sus venas.

-Hola, Dante.

-¿Vas a tutearme, Faye? No tendrías que haber concertado una cita con mi secretaria personal si, después de todo, esto va a ser una llamada personal.

Faye sospechaba que toda aquella locura le habría resultado más fácil si hubiera hablado con Dante por teléfono. Sin embargo, suponía que podía ser más convincente si hablaba con él cara a cara, pero no había contado con el efecto que su presencia física tendría sobre ella.

-Muy bien, señor Valenti -dijo ella-. He venido porque tengo una propuesta de negocio para usted.

-¿De veras, Faye? ¿Y qué podrías ofrecerme que pudiera interesarme?

Faye se sonrojó y sintió que él la miraba de manera penetrante, provocando que ella deseara quitarse la chaqueta del traje. Sin embargo, no se atrevió a hacerlo para que no viera que sus pezones erectos rozaban contra la tela de la blusa. «Continúa con tu discurso. No permitas que se dé cuenta de que su presencia te afecta».

-Mi familia y yo estamos tratando de encontrar un inversor para Matteson's, a cambio de ofrecerle un porcentaje de los beneficios. Puesto que en su momento mostraste interés por nuestro restaurante, pensé que a lo mejor deseabas ver nuestra propuesta -abrió una carpeta sobre el escritorio y se la acercó.

Él ignoró los papeles.

-¿Deseas? -no hacía falta mirarlo a los ojos para percibir su ironía-. Puede que hayas sido lo bastante estúpida como para suponer que, en aquel entonces, estuve interesado en el restaurante -negó con la cabeza-. Pero debes de ser completamente estúpida si crees que no sé que Matteson's está dando sus últimos coletazos.

Faye se puso tensa, preguntándose si él podría haber dicho algo que le hiciera más daño. Así que todo había sido una fachada. Él había visto la oportunidad de utilizarla, nada más. Y si creía que Matteson era irrecuperable, quizá sería mejor que ella abandonara en ese mismo instante. La idea hizo que se pusiera a la defensiva.

-Por mucho que te complazca pensar que soy estúpida, Dante, te informaré de que Matteson's no está en las últimas. Admito que necesitamos una inyección de efectivo para poder actualizarnos en algunos aspectos...

-¿Una inyección de efectivo? -intervino Dante-. Necesitas un milagro. ¿Quién invertiría dinero en un negocio que está dando pérdidas?

-No está dando pérdidas.

-Pero deja que adivine... Tampoco está dando beneficios.

Las palabras de Dante provocaron que Faye tuviera la sensación de que el aire de la habitación era cada vez más denso. El padre de Faye había caído enfermo y no había podido dedicarle a Matteson's el tiempo que necesitaba. Su orgullo le había impedido buscar ayuda y pedirle a Faye que dejara la universidad para compartir la responsabilidad. Faye tragó saliva para deshacer el nudo que sentía en la garganta. Admiraba a su padre por lo que había hecho, al mismo tiempo que le molestaba que hubiera sido tan testarudo. Pero desde su fallecimiento, las cosas habían ido de mal en peor. Por mucho que Faye hubiera intentado solucionar las cosas, los beneficios seguían disminuyendo, y si no conseguía que comenzaran a repuntar, no sería capaz ni de pagar el sueldo a sus empleados.

-Quizá si hubieras adquirido un poco más de experiencia antes de meterte en el negocio, no te habrías encontrado en esta situación, ¿no crees?

El comentario era doloroso. Él había sido el motivo por el que ella no había podido ampliar su experiencia.

-Tenía experiencia. Que no la hubiera adquirido bajo tu orientación, no significa que no mereciera la pena. No eres el propietario de todos los hoteles y restaurantes. ¿O no te has dado cuenta?

-No dudo que hayas adquirido mucha experiencia desde entonces -dijo Dante, mirándola de arriba abajo-. Pero está claro que no ha sido lo suficientemente buena, puesto que estás aquí. Y ambos sabemos que eso significa que estás desesperada.

-Todos los negocios necesitan que se invierta en ellos periódicamente. Las circunstancias piden que Matteson's encuentre un inversor externo, por primera vez en quince años. No considero que eso sea un fracaso.

-Entonces, abre los ojos. Antes no necesitabas dinero porque Matteson's era un lugar contemporáneo. Ahora se ha quedado anticuado. La gente necesita cambios.

¿De veras pensaba que era tan tonta como para no saber eso? Ella había hecho todo lo posible por actualizar el local, por cambiar las cosas después de que su padre falleciera. Pero no podía hacer nada más, aparte de emplear la impresora de casa para modernizar los menús, o gastarse los ahorros en pintura para las paredes. Sabía que Matteson's necesitaba una puesta a punto general, y estaba dispuesta a hacérsela pero necesitaba dinero.

-Nuestra intención es emplear el dinero en renovar la cocina...

-Es demasiado tarde -dijo Dante-. Matteson's está en declive.

-En ese tema no estoy de acuerdo.

Faye lo miró a los ojos un instante antes de desviar la mirada hacia el horizonte de Roma. Él no dijo nada, pero se

alejó de la ventana y se dirigió hacia Faye. Se apoyó en el escritorio y cruzó las piernas.

Ella podía percibir su aroma masculino y recordó imágenes del pasado. Imágenes demasiado dolorosas como para pensar en ellas. Se puso en pie, incapaz de soportar su cercanía. Deseaba gritarle que se alejara de ella, que se mantuviera a un metro de distancia. No tenía sentido que permaneciera en aquella habitación con él, si era evidente que tras aquella reunión no obtendría el resultado que deseaba.

-En ese caso, buscaré otras fuentes de inversión alternativas -dijo ella, inclinándose para recoger la propuesta-. Gracias por dedicarme un momento de tu precioso tiempo.

Él no permitió que diera ni un solo paso hacia la puerta. Antes de que ella se diera cuenta, la había detenido agarrándola por la muñeca. Faye contuvo la respiración.

-¿Te marchas tan pronto? -dijo él con frialdad-. Una vez más has hecho lo que querías hacer, pero no has esperado a oír lo que yo tengo que decir. Qué sorpresa.

-¿Tienes algo más que decir? -preguntó ella, y de pronto se sintió como si fuera la chica de seis años atrás, esperando una explicación que calmara el dolor de su corazón.

-El local está en un sitio excelente.

Dante le soltó la muñeca y se apoyó de nuevo en el escritorio.

-¿Qué?

-No me has preguntado si estoy interesado en algún aspecto de tu propuesta. Como bien has interpretado, no tengo interés en invertir en Matteson's. Sin embargo, hay algo que me parece muy interesante. El restaurante está en un lugar excepcional. Está en una zona de Londres en la que yo llevo algún tiempo queriendo expandirme. Podría considerar comprar el local por una suma considerable de dinero, si me lo ofertaras, claro.

Faye se volvió para mirarlo. Por eso había aceptado recibirla. Tragó saliva. Tenía intención de acabar con ella, de usurpar su negocio familiar y convertirlo en otro restaurante de lujo, como el que tenía en el centro de Londres.

-Tendrás que pasar sobre mi cadáver. No está en venta.

-Todavía no, quizá -sonrió él-. Pero esperaré.

-¿Qué quieres decir?

-Ah, por supuesto. ¿Cómo he podido olvidar que no sabes lo que es esperar Faye? Lo que quiero decir es que creo que no tardarás mucho en ponerlo a la venta.

Faye sintió que se ponía colorada. Era evidente que Dante sabía más acerca de la situación financiera de Matteson's de lo que ella esperaba, y no era por que él tuviera interés en el restaurante, o en ella, si no porque había visto una buena oportunidad para sí mismo. La idea le sentó como una jarra de agua helada. Así que, si Matteson's no conseguía incrementar los beneficios, Dante estaría allí para hacer una contraoferta brutal.

-Bueno, parece que tendré que intentar aplicar mi poder de persuasión en otro sitio, ¿no es así? -contestó ella, arqueando las cejas y dedicándole una amplia sonrisa.

-A lo mejor podemos llegar a algún acuerdo -dijo él.

-¿Qué quieres decir?

-A un acuerdo mutuo.

Faye dudaba que él conociera el verdadero significado de aquellas palabras.

De pronto, se oyó una voz por el interfono.

-Siento interrumpir, señor Valenti, pero ha llamado el señor Castillo, de la oficina de Madrid, y dice que es urgente.

-Gracias, Julietta -contestó Dante. Por favor, pregúntele si sería tan amable de esperar unos minutos. Ya casi he terminado.

-Por supuesto -la voz de la mujer era dulce, reverente.

«Como debía de ser la mía en su momento», pensó Faye. No pudo evitar estremecerse al oír el tono seductor que él había empleado para contestar a su secretaria. Un tono que sugería que no era un bastardo, frío y calculador. Los celos se apoderaron de ella y Faye se odió por ello.

-¿Dónde te estás quedando?

-¿Cómo?

-En Roma, ¿dónde te alojas?

-En un hotel que está cerca del aeropuerto. Pero no es asunto tuyo.

-No, tú no. Enviaré a alguien para que recoja tus maletas y mi chófer te llevará a Il Maia.

¿Il Maia? ¿De qué estaba hablando? Ella no quería ver Roma otra vez, y mucho menos su hotel. Y puesto que él había dejado claro que no tenía intención de ayudarla, había pensado en regresar a casa en el siguiente vuelo.

-Aunque podría permitirme alojarme en Il Maia, no será necesario. Regresaré a casa esta noche.

-No, Faye -dijo él en voz baja-. A menos que quieras sentarte para observar cómo se desmorona el negocio de tu familia. Estoy dispuesto a reconsiderar tu propuesta, bajo mis condiciones. Estaré en el bar del hotel a las ocho, y hablaremos de esto durante la cena. Puesto que recuerdo que no agotaste el plazo de tu estancia previa, pasaré por alto el coste de esta estancia -se acercó hacia la puerta-. Ahora tengo que atender un asunto importante. Julietta te mostrará la salida.

-¡No voy a aceptar esto cuando lo único que me has dicho es que no aceptarías mi propuesta por nada del mundo! -exclamó ella, alterada por la idea de regresar a Il Maia y de pasar una velada en su compañía. Por un lado, odiaba la idea de poder sentirse en deuda con él y, por otro, los sentimientos que él le había provocado durante el breve encuentro, la aterrorizaban. Pero él ya estaba hablando con Julietta a través del intercomunicador, diciéndole que llamara al chófer y que le pasara con la llamada de Madrid.

-¡Dame un buen motivo por el que debería aceptar tu ridícula propuesta! -soltó ella, mirándolo con desafío.

Dante respiró hondo, se volvió para mirarla y negó con la cabeza.

-Porque que tú aceptes no es un requisito, señorita Matteson. Harás lo que te diga porque te haré una oferta que no podrás rechazar, y porque si no lo haces, te arruinaré.

Y tras esas palabras, atendió la llamada de Madrid.

Dante colgó el teléfono después de haber solucionado sin problema la crisis que Castillo tenía con el proveedor. Faye había salido de la habitación en cuanto él había dejado de prestarle atención, tal y como esperaba. No era la primera vez que una mujer salía de su despacho enfurruñada cuando las cosas no salían tal y como ella quería, y sospechaba que tampoco sería la última. Sin embargo, mientras observaba la silla en la que ella había estado sentada, reconoció que se había equivocado en una cosa. Ella apenas lo había mirado a los ojos durante todo el encuentro, y eso hacía que se sintiera frustrado. ¿Pensaba que podría engañarlo fingiendo ser una mujer modesta?

«Pero la última vez era una chica inocente, ¿no?», le dijo una vocecita. Iba acompañada de algo similar a un sentimiento de culpa que no quería reconocer. Pero su aparente inocencia, que debió de ser lo que había provocado que él sintiera una fuerte atracción hacia ella, no había durado más de cinco minutos. Sí, ella le había demostrado enseguida que estaba dispuesta a liberarse de la caga de su virginidad antes de moverse hacia la siguiente víctima. ¿Cuánto tiempo había tardado? ¿Dos semanas después de haberse marchado ya estaba intercambiando favores sexuales al otro lado del Atlántico?

Pero Faye estaba igual de tentadora que siempre, o incluso más. A pesar de haber ido a pedirle dinero vestida

con prendas que él sabía que ella no podía pagar, y con la manicura recién hecha, cuando no solía hacérsela, él todavía la deseaba. La había deseado desde el momento en que había entrado en su despacho. Igual que en el momento en que levantó la vista del menú de Matteson's, años atrás, y se encontró con una chica completamente distinta a las demás. Una camarera inglesa, tímida y profesional, que tenía el cabello del color de la miel y unas piernas irresistibles que él se prohibió acariciar. Su inocencia resultó ser tan falsa como las uñas que llevaba, pero ella seguía excitándolo.

Decirle que no, decirle que lo único que conseguiría obtener de él sería ver cómo compraba la tierra que tenía bajo los pies, no sería suficiente. Necesitaba tenerla otra vez bajo su cuerpo. Haría que lo mirara a los ojos y pronunciara su nombre gimiendo de placer. Aunque eso significara cambiar sus planes un poco. El resultado final sería el mismo: ella se vería obligada a vendérselo todo, a darse cuenta de que, si hubiera sido capaz de contenerse una pizca, quizá hubiera sido un éxito. Él había llegado a pensar que era una mujer especial, que merecía su respeto, y le había dado la oportunidad de aprender de él. Pero ella había demostrado ser como todas las demás mujeres que habían tratado de atraparlo. ¿Y había ido a pedirle ayuda? Bueno, Faye había hecho su propia cama y él se aseguraría de que se tumbara en ella, cuándo y cómo él eligiera.

Capítulo 2

FAYE cerró la puerta en cuanto el botones del hotel salió de la habitación, y dejó la maleta sobre la cama. No recordaba cuándo había sentido su independencia tan coartada, pero no tenía más elección. No podía regresar a casa sabiendo que Dante podía ofrecerle un acuerdo que evitaría que su negocio familiar cayera en bancarrota.

Sólo era una cena. Y no tenía nada que perder. Si él le ofrecía una suma ridícula de dinero por la compra de Matteson's, ella rechazaría la oferta, pediría un taxi y se marcharía directamente al aeropuerto, consciente de que había hecho todo lo posible.

Así que, se encontraba de nuevo en Il Maia.

Había llegado de una manera muy diferente a aquel caluroso día de julio de seis años atrás. Aquel día, su vida estaba llena de promesas. Seis semanas antes estaba trabajando en el restaurante de sus padres, sirviendo mesas, cuando el hombre más atractivo del mundo entró por la puerta como si fuera una estrella del cine.

-El partido del día -le había dicho una de las camareras, guiñándole un ojo.

Faye se había sonrojado y se había dado la vuelta. Pero al momento, se había percatado de que era la única camarera que no estaba atendiendo a un cliente. Agarró el bolígrafo y la libreta y se acercó a la mesa donde estaba él.

-¿Qué puedo ofrecerle, caballero?

Él permaneció en silencio un instante, con la cabeza inclinada.

-A quien sea responsable de esto -dijo él, golpeando el menú con cara de disgusto.

Faye se quedó de piedra, convencida de que él estaba a punto de poner una queja.

-El chef es quien elige los platos, señor. Si desea tomar algo en particular... -Faye sonrió y dio un paso atrás hacia la cocina, en un gesto que esperaba indicara que no tuviera problema en pedirlo.

-No de la comida -contestó él-. Me refiero a la persona responsable del diseño del menú.

-De hecho, ésa soy yo -dijo Faye, sonrojándose.

-¿Usted? -preguntó él con incredulidad, y levantó la vista para mirarla. En un instante, consiguió atravesar su alma provocándole una ardiente sensación que Faye no había experimentado jamás. Él negó con la cabeza y continuó:- ¿Tiene este increíble talento y está sirviendo mesas?

Dante la invitó a sentarse y Faye le explicó todo. Le contó que era el restaurante de su padre y que estaba trabajando allí temporalmente. También, que le encantaba atender a los clientes pero que lo que más le gustaba era diseñar cosas. Y que por eso, mientras debatía entre asistir a la universidad o buscar un trabajo en el área de *marketing*, aquel verano su padre le había permitido diseñar sus menús.

Cuando él terminó de hacerle todo tipo de preguntas, ella se percató de que no podía dejar de sonreír. Se sentía como si hubiera sido invisible toda su vida y como si, por fin, alguien se hubiera dado cuenta de quién era en realidad.

-Mis empleados son incapaces de hacer algo que sea la mitad de original, y eso que han recibido muchos años de formación.

Y ése fue el momento en que su vida cambió para siempre. Dante le anunció que era el propietario de uno de los hoteles y restaurantes más famosos de Roma, y que no

pensaba marcharse de allí hasta que ella no accediera a formar parte de su equipo.

Faye recordaba la emoción que había sentido al despedirse de sus padres el día que se marchó a Roma. Y cómo había llegado al aeropuerto internacional de Roma, donde él la esperaba en persona con un deportivo de color rojo para llevarla a Il Maia, uno de los mejores hoteles de cinco estrellas, donde había perdido su inocencia y su corazón.

Sí, la segunda llegada a Il Maia había sido muy diferente. Faye abrió la maleta y comenzó a colgar la ropa en el armario. Suspiró. No había llevado nada elegante para ir a cenar, y menos para cenar en uno de los lujosos restaurantes de Dante. Aunque sonara extraño, no solía salir a cenar fuera. Sin embargo, de vez en cuando, sí salía a tomar una copa con algunas compañeras del restaurante, pero hacía mucho tiempo que no aceptaba una cita. «Aunque esto no es una cita», pensó, mientras sujetaba el único vestido que había llevado. Era verde y demasiado corto, pero lo había llevado pensando que en septiembre todavía podía hacer mucho calor durante el día. Era su única opción. ¿Y qué más daba si él lo encontraba inapropiado? Él no podía pretender que ella hubiera pensado llevar algo de ropa para esa noche. Faye se había gastado todos sus ahorros en el traje que se había puesto para la reunión, pensando que podría hacerle creer que el restaurante sólo necesitaba una pequeña cantidad de dinero para aumentar sus beneficios. Pero una vez que él estaba al tanto de su precaria situación financiera, ya no tenía sentido fingir.

Faye se miró al espejo y se soltó el cabello, permitiendo que los mechones de color miel se extendieran sobre sus hombros. Dos horas y media más tarde, él estaría abajo, esperándola. Sintió un escalofrío. «Estúpida», pensó, mirándose en el espejo. ¿Así que su cuerpo todavía lo deseaba? Siempre había sido consciente del fuerte deseo

que él le provocaba. Había pensado que era la nostalgia la que la hacía recordar cómo se había derretido por dentro en el instante en que él la había tocado, y cómo deseaba que la acariciara cuando estaba a su lado, pero ese día comprobó que la nostalgia no tenía nada que ver con aquello. Incluso cuando él la había tocado con intención de retenerla, ella había deseado que no la soltara. «¿O quizá era eso lo que él pretendía?», pensó mientras sacaba ropa interior limpia y se dirigía al lujoso baño. Sólo le había hecho falta ver cómo lo había mirado Julietta para saber que él tenía el mismo efecto sobre todas las mujeres. «Sólo se trata de atracción sexual», razonó para sí. Quizá su cuerpo fuera débil, pero ella no lo era. Ya había sucumbido a sus encantos una vez, entregándole su virginidad de manera voluntaria, para después salir de su vida con facilidad. Pero ya no tenía dieciocho años. Era mayor, y más sabia, y no tenía intención de entregarle nada.

Ocho y veinte. Dante la vio en cuanto ella entró en la habitación. Así que no tendría que ir a buscarla a su habitación. Lástima. Se fijó en que varios hombres se daban la vuelta al verla entrar. No era de extrañar. Llevaba un vestido muy corto y tenía unas piernas estupendas. Él se contuvo para no acercarse a ella, acariciar su melena dorada y hacerla suya con un beso apasionado. «Todo en su debido momento», pensó.

Se terminó la copa de vino y se puso en pie antes de que ella llegara a su lado.

-¿Entiendo que no has tenido problema para llegar hasta aquí? -bromeó, mirando el reloj que ella llevaba en la muñeca.

Faye no contestó.

-Nuestra mesa está lista, así que no esperemos más para disfrutar del placer -Dante hizo un gesto para que pasara delante.

-Estoy de acuerdo. Terminemos con esto cuanto antes - sintió que él colocaba la mano sobre su espalda para guiarla hasta el restaurante. El calor de su mano se extendió por todo su cuerpo. Ella tragó saliva. Deseaba gritarle que no la tocara, pero sabía que todo el mundo los estaba mirando. Sin duda, se preguntaban qué diablos hacía con ella el propietario de Valenti Enterprises, en lugar de estar con una supermodelo con las que, según las revistas, solía salir a cenar.

Como el resto del hotel, el restaurante Tuscan era muy elegante, y Faye sabía que seguía siendo uno de los más famosos de Italia.

-Siéntate, por favor -Dante le sacó la silla-. Bienvenida de nuevo a Perfezione.

Faye arqueó las cejas. Perfección: se había olvidado. Durante el mes que había estado allí, ella y el resto de los empleados denominaron Fez al restaurante, de manera cariñosa. ¿Cómo podía ser que nunca se percatara del egoísmo que denotaba el nombre?

-Les he explicado a los empleados que esta noche tenemos asuntos muy importantes que tratar. Me han asegurado que nos molestarán lo mínimo posible.

Faye no estaba segura de que eso fuera bueno. Estaban sentados en una zona tranquila. Dante estaba más atractivo que antes, con un traje oscuro y una camisa granate abierta que dejaba al descubierto su vello oscuro y varonil.

-¿Está todo bien en tu habitación?

-*Perfezione, naturalmente* -dijo ella.

-Eso espero. ¿Te han gustado los cambios?

-Muy bonitos -contestó ella.

Dante asintió y centró su atención en la carta. Faye lo observó, incapaz de centrarse en la suya. Se preguntaba si él tendría cierta implicación a la hora de decidir qué se servía allí. No estaba segura de que él tuviera tiempo de atender ese tipo de detalles, puesto que trabajaba en un edificio separado y tenía restaurantes por toda Europa.

Dante parecía mirar la carta con mucha atención, y Faye se fijó en sus largas pestañas oscuras, recordando su roce contra las mejillas. Inconscientemente, levantó la mano y se acarició el rostro.

-Te recomiendo el marisco -dijo él, mirándola-. Me he tomado la libertad de pedir el vino para acompañarlo en el bar, pero si prefieres algo diferente, lo pediré.

-El marisco estará bien, gracias -Faye cerró el menú-. Pero pasaré sin vino.

-Un error, ¿te das cuenta?

-Quizá -Faye no se fiaba de poder mantenerse centrada si bebía algo que no fuera agua.

-Y el marisco estará delicioso.

-No lo dudo. Mi padre solía decir: «Para comer bien, haz caso a tu anfitrión».

-Un hombre sabio -convino Dante-. Siento que ya no esté entre nosotros.

Faye lo miró sorprendida. No esperaba que Dante se hubiera enterado de la muerte de su padre, y mucho menos que le mostrara sus condolencias. Podía soportar cualquier cosa excepto eso. Entonces, recordó que el motivo por el que él lo sabía era por que estaba esperando que el negocio de Matteson's fracasara. Ella asintió.

-Bueno, cuéntame qué oferta es la que vas a hacerme y que crees que no voy a poder rechazar.

-Paciencia, Faye. Mi abuelo solía decirme: «No masques una idea hasta que no hayas digerido la comida».

«Estupendo», pensó Faye mientras Dante encargaba la comida al camarero, «pretende mantenerme en ascuas».

-Cuéntame... ¿qué has estado haciendo desde la última vez que nos vimos? -preguntó él, mirándola fijamente.

«Tratar de olvidarte», pensó Faye, tratando de no recordar su cuerpo desnudo entrelazado con el de ella.

-Viajé durante un año -dijo con tono educado.

«Me marché del país porque no podía soportar mirar hacia la puerta del restaurante cada vez que se abría, ni

sobresaltarme cada vez que sonaba el teléfono, confiando en que fueras tú, para descubrir que no era así». Era curioso cómo el hecho de viajar sonaba como lo más importante que había hecho con su vida cuando no había sido más que una manera de escapar. Al menos, marcharse a los Estados Unidos para hacer una investigación con Chris, un chico completamente diferente a Dante, le había servido para que se olvidara una pizca de él.

-Y también estudié *marketing* -continuó-. Me gradué justo antes de que falleciera mi padre. Después, regresé al restaurante.

-¿Y ahí es donde deseas quedarte?

Faye nunca se había detenido a pensar si era lo que quería o no. Lo único que importaba era que su padre había dedicado toda su vida a Matteson's y que ella no podía permitir que todo se echara a perder sólo porque él no estuviera. Pero cuando pensaba en ello, a pesar de su precaria situación económica, sabía que llevaba en el corazón el negocio de la restauración, y que allí era a donde pertenecía.

Faye asintió.

-Mi pasión continúa siendo la parte del diseño del negocio, y me dedico a ello cuando tengo la oportunidad -aunque eso no sucedía a menudo, ya que se encargaba del local además de servir mesas.

-¿De veras? -preguntó él-. Estaba convencido de que tu pasión yacía en otro lugar.

Faye se quedó boquiabierta. Se sentía idiota por haber bajado la guardia.

-*Buon appetito*. Que lo disfruten.

El camarero dejó la comida en la mesa.

Dante levantó el tenedor y miró el plato con una sonrisa. Faye se preguntaba si era otro de sus intentos para excitarla, por que, sin duda, funcionaba. Se obligó a mirar hacia otro lado. «Éste es el hombre que te hizo el amor y después se marchó».

-¿No tienes hambre?

Ella negó con la cabeza. Él parecía ofendido por el hecho de que ella jugueteara con la comida en el plato. Pero no le importaba, porque no podría comer aunque su vida dependiera de ello. Simplemente, el hecho de estar frente a él hacía que toda la musculatura de su cuerpo se pusiera tensa.

-Al contrario de lo que se cree, a un hombre que invita a una mujer a cenar no le parece atractivo verla comer una única hoja de lechuga.

-No estoy aquí para darte placer.

-¿Ah, no? -dejó los cubiertos en el plato y la miró de manera retadora.

Ella se estremeció. De pronto, fue consciente de la fina capa de tela que había entre sus senos y el aire frío del restaurante.

-No -contestó, y bebió un sorbo de agua-. Estoy aquí porque, antes de que finalizaras nuestra reunión de esta tarde con brusquedad, me habías sugerido que tenías algo importante que decir.

-Ah, ¿así que prefieres mascar la idea antes que digerir la comida? Pero la paciencia tiene su recompensa.

Dante llamó al camarero y habló con él en italiano.

-Muy bien. Hace seis años viniste aquí para unirme a mi equipo de *marketing*, y dejaste muy claro que tu interés era... ¿Cómo podría decirlo? ¿Adquirir experiencia en otro campo? Cuando conseguiste tu objetivo, desapareciste -se pasó el dedo por la barbilla-. ¿Y ahora supones que tienes suficiente experiencia para llevar un negocio exitoso? Quizá si te hubieras quedado más tiempo y hubieras prestado más atención, el restaurante de tu familia no estaría en esa situación.

¿Era lo bastante arrogante como para sugerir que, si se hubiera quedado más tiempo, podría haber evitado la crisis económica del restaurante? ¿De veras esperaba que se quedara y se enfrentara a la humillación de su rechazo,

cuando él prácticamente le había hecho las maletas? Faye negó con la cabeza con incredulidad.

-Pero aun así, a pesar de tus fallos, Matteson's está en un lugar estupendo -continuó él.

«Ya estamos otra vez», pensó ella. «Intenta convencerme de que lo hago tan mal que es mejor que venda ahora».

-Por lo tanto, estoy dispuesto a correr el riesgo y hacerte una pequeña transferencia de dinero ahora, y darte el resto de la suma que deseas dentro de un mes.

-¿De veras? -Faye estaba tan sorprendida que temía desmayarse. Aquello no tenía sentido. Él ni siquiera había mirado su propuesta.

-Con una condición -continuó él-. Durante el próximo mes, retomarás todo lo que dejaste hace seis años, y aprenderás todo lo necesario para conseguir que Matteson's sea un éxito. Entonces, y sólo entonces, te dejaré el resto del dinero que pides. Cuando regreses a casa tendrás un mes más para doblar los beneficios.

Faye lo miró, buscando algo en su expresión que indicara que estaba bromeando. No lo encontró.

-¿Y si fracaso?

-El restaurante será mío.

Capítulo 3

RETOMARLO donde lo dejó? Faye sintió una fuerte presión en el pecho al pensar en ello. ¿No se referiría a...? Negó con la cabeza. Dante hablaba de su experiencia laboral. Sin embargo, la idea de vivir en Il Maia, el lugar donde había pasado las cuatro mejores y peores semanas de su vida, la asustaba. ¿Cómo podría ver a aquel hombre todos los días cuando se debatía entre arrancarle su sonrisa triunfal de los labios o besarlo detenidamente?

Desde luego, doblar beneficios en un espacio tan corto de tiempo era casi imposible. Sin embargo, rechazar su oferta estaba fuera de cuestión. Estaba segura de que, si lo hacía, él se aseguraría de que Matteson's se arruinara en la mitad de tiempo para poder invertir su dinero en el local y alardear del éxito delante de sus narices.

-Supongo que el hecho de que eso que pretendes que consiga en menos de un mes sea imposible, es parte de la broma.

-Nunca bromeo acerca de negocios. Me pediste ayuda, y éstas son mis condiciones -su arrogancia era casi tangible.

-Para ti todo esto es un juego, ¿verdad?

-La vida es un juego.

-El sustento de mucha gente está en juego.

-Entonces, gana.

Faye se reclinó en la silla y preguntó con nerviosismo:

-¿Y no podría obtener todo el dinero ahora? Así, cuando regresara, ya habría empezado la reforma.

-Ahh, vaya sorpresa. La señorita Matteson no quiere esperar y no es capaz de ver que la oferta de trabajar conmigo es invalorable.

-Siempre tuviste un ego monumental.

-¿Y sin embargo has venido a buscar más?

Faye lo fulminó con la mirada.

-¿No dices nada, Faye? Justo cuando empezaba a gustarme tu nueva personalidad.

La rabia se apoderó de ella como si fuera un volcán en erupción y Faye deseó tirarle el vaso de agua a la cara. Sólo la presencia de otros clientes hizo que se contuviera. Él adivinó su pensamiento.

-Adelante -la retó-. ¿Crees que dañará mi reputación? Eres tú la que va a trabajar aquí. Yo estoy acostumbrado al comportamiento infantil de los clientes que no son capaces de controlarse cuando las cosas no salen como ellos querían.

-¿Y qué pasa cuando tú no te sales con la tuya, Dante? ¿Chantajear a tus clientes hasta que lo consigues? -Faye se puso en pie y dejó la servilleta sobre la mesa.

-¿Chantajearlos? -habló como si ella lo hubiera acusado de asesinato-. Creo que te darás cuenta de que te he ofrecido un salvavidas.

Ella no podía imaginar cómo sería si le hubiera ofrecido lo contrario.

-Siéntate, Faye. Si te vas, retiraré la oferta. Y el día que te hundas estaré allí, esperando. Te ofreceré menos de lo que vale el local, y te verás obligada a aceptar. Ahora, siéntate.

Su tono era dulce y suave, y Faye no tuvo más remedio que obedecer.

-El postre -el camarero los interrumpió y dejó los platos sobre la mesa.

-Torta di Ricotta -anunció Dante.

Faye permaneció en silencio un instante.

-¿Crees que Matteson's puede arreglárselas sin mí?

-Supongo que alguien se habrá encargado del negocio durante los dos últimos días.

Técnicamente, la madre de Faye estaba a cargo del restaurante durante la ausencia de Faye, pero el verdadero trabajo lo llevaban a cabo el chef y la encargada. Faye confiaba en ambos, pero no era lo ideal.

-¿No me digas que tú, que eres tan crítica con mi ego, te consideras indispensable, Faye? Puedo asegurarte que no lo eres.

No, ella sospechaba que, para Dante Valenti, ninguna mujer era indispensable. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que él se marchó de su lado hasta que consiguió una nueva amante? ¿Horas? ¿Días?

-Los cambios impulsivos pueden formar parte de tu ajetreado estilo de vida, Dante, pero puedo asegurarte que para nosotros, los mortales, es algo extraño.

-Ya, pero ¿y cuando hay una oportunidad que ansías mucho?

-No en esta ocasión.

-Y qué coincidencia que tu renuencia aparezca cuando no puedes conseguir el dinero con un simple chasquear de dedos.

-Te puedo asegurar que mi renuencia no tiene nada que ver con tu dinero y sí mucho que ver contigo.

-¿Y sin embargo antes ansiabas las dos cosas? ¿O se te ha olvidado que una vez me suplicaste que te hiciera el amor?

Así que él no iba a permitir que lo olvidara. A pesar de que, desde su llegada, ella había tratado de no recordar aquella tarde, él estaba dispuesto a utilizarla en su contra. Faye se apoyó en el respaldo de la silla sintiéndose derrotada.

Todo había sucedido un uno de agosto. Sábado. Faye nunca olvidaría la fecha. La tarde anterior habían trabajado sin parar para cumplir un plazo, y Faye no había parado de dibujar bocetos para el folleto del nuevo hotel. Las reuniones habían durado hasta bien entrada la noche, pero Faye estaba tan emocionada por poder participar en todo aquello que no le importaban las largas jornadas laborales.

De hecho, incluso durante su tiempo libre deseaba regresar a la oficina, donde sentía que un cosquilleo recorría su cuerpo cuando Dante estaba cerca. Una sensación que se potenciaba cuando él la miraba. Algo que ella lo había visto hacer varias veces durante las cuatro semanas. Y no la miraba de la manera en que un jefe mira a su empleada. Más bien como una enamorada del arte miraría el techo de la Capilla Sixtina. Pero él siempre miraba a otro lado cuando ella se percataba de que la estaba mirando.

-¿Faye? -le había dicho él mientras ella terminaba el diseño de la portada que estaba haciendo.

Faye sintió que se le aceleraba el corazón y levantó la vista para mirarlo.

-Ya casi he terminado.

-Es tarde -miró el reloj y arqueó las cejas-. Es fin de semana y te he tenido trabajando como a un troyano. Ve a descansar un poco.

-De acuerdo. Volveré mañana por la mañana para terminar esto antes del lunes.

-No. Te mereces un descanso -dijo él-. Sal a conocer Roma durante el fin de semana.

Faye asintió dubitativa. La idea de ir a ver Roma sin nadie con quien compartir la experiencia, no le parecía demasiado atractiva.

-A lo mejor.

Fue entonces cuando Dante miró alrededor de la habitación y vio que el resto del equipo estaba recogiendo sus cosas para irse a casa.